



Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

Selección, notas y traducción del ruso
de Jorge Bustamante García

El Sótano del
Perro Vagabundo

Memorias de Escritores Rusos

Ediciones  UACH

Colección Biblioteca Luis Oyarzún

Recuerdos sobre Marina Tsvetáieva, Sergéi Esenin, Máximo Gorki, Osip Mandelstam, Boris Pasternak, Alexandr Blok, Mijaíl Bulgákov, Andréi Bieli, Isaac Bábel, Viacheslav Ivánov y Velimir Jlébnikov escritos, entre otros, por Vladímir Mayakovski, Anna Ajmátova, Ilyá Ehrenburg, Osip Brik, Ígor Severianin y Georgi Ivánov.

Esta primera edición en Chile en 500 ejemplares de

EL SÓTANO DEL PERRO VAGABUNDO

Memorias de Escritores Rusos

Selección, notas y traducción del ruso de Jorge Bustamante García

se terminó de imprimir en marzo de 2020

en los talleres de Andros Impresores

☎ (2) 25 556 282,

www.androsimpresores.cl

para Ediciones Universidad Austral de Chile

☎ (56-63) 2444338

www.edicionesuach.cl

Valdivia, Chile

Dirección editorial

Yanko González Cangas

Cuidado de la edición

César Altermatt Venegas

Diseño y maquetación

Silvia Valdés Fuentes

Fotografía de portada

Vladímir Mayakovski , estudiante de la escuela
de arte Stróganov (anónima, 1910)

Todos los derechos reservados.

Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Universidad Austral de Chile, 2020

ISBN 978-956-390-112-2

CONTENIDO

Un sótano legendario 11
Jorge Bustamante García

El Perro Vagabundo 15
Georgi Ivánov

Anna Ajmátova y El Perro Vagabundo 23
Georgi Adamóvich

Viacheslav Ivánov 31
Boris Zaitsev

Tres encuentros con Blok 43
Kostantín Balmont

Cómo conocí a Balmont 49
Nadezhda Teffi

Recuerdos sobre Alexandr Blok 59
Anna Ajmátova

Andréi Bieli y sus recuerdos 65
Georgi Adamóvich

Osip Mandelstam 73

Ilyá Ehrenburg

Recuerdos sobre Mandelstam. Páginas de un

Diario 77

Anna Ajmátova

Osip Mandelstam 85

Arthur Lurie

Annienski, Pasternak, Tsvetáieva 87

Anna Ajmátova

Apuntes sobre Mayakovski 93

Ígor Severianin

Ígor Severianin y el Futurismo 107

Vladislav Jodasievich

Marina Tsvetáieva 125

Ilya Ehrenburg

Algunas palabras sobre [Isaac] Bábel 129

Kostantín Paustovski

[Máximo] Gorki 137

Isaac Bábel

¿Cómo se hacen los versos? Sobre Sergéi Esenin 141

Vladímir Mayakovski

Sobre [Velimir] Jlébnikov 151

Osip Brik

Encuentros con Mijaíl Bulgákov 161

Nicolái Rakitski

UN SÓTANO LEGENDARIO

El Perro Vagabundo abrió sus puertas en San Petersburgo el 31 de diciembre de 1911 en la esquina de la calle Italia y la Plaza de Mijailovski, en el sótano de una vieja casa que alguna vez perteneció a un conocido de Pushkin. El inspirador, organizador y canino director del antro era Boris Pronin, un hombre de teatro, director y actor. Pronin poseía pocas capacidades organizativas, pero era dueño de una gran simpatía y de un indudable carisma que le permitían convocar a la crema y nata de la intelectualidad petersburguesa de comienzos del siglo XX, asidua visitante de su antro, como se destaca en numerosos recuerdos de sus contemporáneos; la taberna del *Perro Vagabundo* era tan buena y tan necesaria en las circunstancias de entonces en San Petersburgo que, en un medio sobresaturado por energía creativa, estuvo sencillamente condenada al éxito.

En diversas fuentes se menciona al *Perro Vagabundo* como café, teatro, cantina, cabaret. Tal vez era todo eso al mismo tiempo. Pero era, sobre todo, una especie de club, un lugar de reunión de artistas, poetas, pintores, actores y directores de teatro, un lugar para los «consagrados», donde se podía exponer libremente todo tipo de temas, discutir asuntos acerca de la creación artística, celebrar aniversarios, demostrar cada quien su arte a todos los colegas. La idea de un lugar así la tuvo Pronin, pero el nombre se le ocurrió al poeta y novelista Alexis Tolstói (autor de una memorable novela histórica sobre el zar Pedro el

Grande), quien en el proceso de la búsqueda de un lugar afortunado como sede de semejante club, comparó al grupo de sus colegas y amigos con el de los perros sin casa y vagabundos que buscan abrigo.

Las veladas en el *Perro Vagabundo* se iniciaban hacia la medianoche, cuando terminaban los espectáculos de los teatros de San Petersburgo y en sus inicios no se permitía la entrada al público en general, ya que la idea que prevalecía era que se reunieran allí solo artistas, en el sentido más amplio de la palabra. En el Perro leían sus poemas autores como Ajmátova, Mayakovski, Mandelstam, Gumiliov, Kuzmin, Jlébnikov, Balmont, presentaban sus danzas bailarines como Karsavina, Fokin y Lopujov, cantaban artistas de la ópera como Katja Popova y Zhuravlenko, actuaban artistas dramáticos como Time y Lurev, músicos como Sats y Gnesin o frecuentaban personajes como Meyerjold, Prokofiev, Zhukovski, Lunacharski y muchos otros. En ese sótano se montaban operetas y se realizaban veladas literarias, donde no faltaban los escándalos y peleas, como las que hubo entre Mandelstam y Jlébnikov, entre Balmont y Morózov. Era un lugar a donde llegaban también, y en donde brillaban con luz propia, las más conocidas bellezas petersburguesas de la Edad de Plata, amigas y musas de poetas y pintores, las «ninfas de los años diez» del siglo XX, como las llamó después Ajmátova: S. Andronikova, P. Bogdanova-Belskaya, E. Barkova-Osmerkina y la resplandeciente Olga Sudeikina-Glebova, quien sería después el personaje principal del «Poema sin héroe» de Ajmátova.

Un tiempo después el antro del sótano abriría sus puertas al público en general, convirtiendo al *Perro Vagabundo* en un lugar de moda, tal vez el más apreciado, entre las capas más aristocráticas de la sociedad petersburguesa de aquellos años. Sin embargo, los únicos que no pagaban

boleto de entrada eran los miembros en activo (escritores, artistas, pintores), mientras que todos los demás, como los «burgueses» y «farmaceutas» (denominaciones que se daban a todos los asistentes casuales), se veían obligados a comprar boletos caros para tener derecho de sentarse al lado, mirar y escuchar a los artistas reconocidos en sus presentaciones. El antro tenía flores y pájaros fantásticos pintados por Sudeikin en sus paredes y poseía su propio emblema (un grabado con una delgadísima silueta de un perro flaco), una condecoración que consistía en una medalla «canina» que se otorgaba a los artistas más destacados de las veladas y contaba incluso con un himno «perruno», con letra y música del destacado poeta Kuzmin. A la entrada había un inmenso libro, forrado en una extraña piel azul, donde los visitantes famosos incrustaban su autógrafo, su nombre, sus deseos y sus sueños.

El *Perro Vagabundo* fue y quedó como un símbolo auténtico de la Edad de Plata rusa, con su atmósfera misteriosa y cautivadora, que emanaba una alegría un tanto histérica y febril. El único poeta de su tiempo que no mostró mayor interés por el famoso cabaret fue Alexandr Blok. Pero para la mayoría de los artistas, pintores, y creadores el *Perro* fue su segunda casa, y en algunos casos la primera. Y muchos poetas dedicaron versos al *Perro*, como fue el caso de Ajmátova en sus poemas «Todos aquí estamos ebrios, perdidos...» (1913) y en la primera parte del «Poema sin héroe».

En 1914 comenzó la Primera Guerra Mundial y Rusia se vio arrollada por este acontecimiento. La alegría que caracterizaba al *Perro*, cada vez contradecía más el espíritu aciago de esos años. Muchos de los visitantes más frecuentes del cabaret se vieron obligados a marcharse al frente y cada vez eran menos los que frecuentaban el

lugar. Un año después, en la primavera de 1915, el *Perro Vagabundo* fue cerrado definitivamente por disposición de la autoridad militar de Petrogrado, el general mayor príncipe Obolienski, con el insulso pretexto de que en el lugar se realizaba un comercio ilegal de bebidas alcohólicas que contradecía las disposiciones de la «ley seca» introducidas desde el principio de la guerra.

Solo ochenta y seis años después, en el 2001, fue reabierto esta legendaria taberna artística, exactamente en el mismo lugar que había sido su sede original, en la calle Plaza de Arte número 5, en San Petersburgo. Pinturas, poemas y fotografías de sus visitantes más destacados de la Edad de Plata, cuelgan ahora de las paredes del mítico sótano, en medio de tonadas de jazz, pop y rock.

En el presente libro ampliado y actualizado para Ediciones de la Universidad Austral de Chile, se han recogido no solo recuerdos de escritores rusos sobre este antro legendario, sino también testimonios de escritores sobre sus colegas en esos años prodigiosos en donde, además de la poesía, floreció también la prosa con representantes tan diversos como Máximo Gorki, Andréi Bieli, Isaac Bábel y Mijail Bulgákov.

**Jorge Bustamante García,
México, invierno de 2020.**

EL PERRO VAGABUNDO

Georgi Ivánov

El Perro Vagabundo abría tres días a la semana: lunes, miércoles y sábado. Los visitantes frecuentes llegaban tarde, después de la medianoche. Hacia las once de la noche, la hora oficial de la apertura, llegaban solo los «farmacéuticos». En el argot del *Perro* llamaban así a todos los visitantes casuales, desde los ayudantes de la familia real, hasta los veterinarios. Ellos pagaban tres rublos por la entrada, bebían champaña y se asombraban de todo.

Para entrar al *Perro* era necesario despertar al portero soñoliento, atravesar dos patios llenos de nieve, en un tercer patio voltear a la izquierda, bajar diez escalones y empujar una puerta revestida de hule. De inmediato te atolondraban la música, el sopor y el abigarramiento de las paredes, el rumor del ventilador eléctrico, que sonaba como un aeroplano.

El encargado del guardarropa, abarrotado de abrigos, se negaba a aceptarlos: «No hay lugares», decía. Ante un pequeño espejo se empujaban las deslumbrantes damas y obstruían el paso. Un miembro de turno de la «sociedad del teatro íntimo», como se le denominaba oficialmente al *Perro*, lo asía a uno por el brazo y pedía tres rublos y dos recomendaciones escritas si uno era «farmacéutico», y si uno era de los de casa solo pagaba cincuenta kopeks. Al final todos los obstáculos eran vencidos. El director del *Perro*, Boris Pronin, «doctor honoris causa de estética»,

como se indicaba en sus tarjetas de presentación, recibía a los visitantes con un abrazo: «¿Pero a quién veo? ¡Cuántos años, cuántos inviernos! ¿En dónde te habías metido? Pasa —señalaba hacia algún lugar— todos los nuestros están allá». Y se lanzaba despacio hacia algún otro visitante. Era una persona fresca, clara, que desconcertaba con estos amistosos recibimientos. ¿Acaso él no se tomaba a sí mismo de esa manera? ¡Absolutamente! Le podías preguntar a Pronin a quién había acabado de abrazar, dando golpecitos en la espalda, y casi seguro respondería: «¿De dónde diablos voy a saberlo?».

El radiante y, al mismo tiempo, preocupado Pronin galopaba por el *Perro*, ya fuera cambiando los objetos de lugar y susurrando. Su inmensa corbata de colores abigarrados volaba como un lazo sobre su pecho, debido a sus bruscos movimientos. Su ayudante cercano, el compositor N. Tsibulski, alias el conde O'Kontrer, un hombre obeso, robusto, vestido desaliñadamente, ayudaba a su amigo con cierta flojera. El conde era sobrio y lúgubre.

Pronin y Tsibulski eran muy diferentes de carácter y de aspecto, complementándose el uno al otro, y juntos llevaban la pequeña pero complicada administración del *Perro*. El permanente escepticismo del «conde» enfriaba la agitación sin límites del «doctor en estética». Y, al contrario, la energía de Pronin reavivaba al Oblómov¹ que había en Tsibulski. Si actuaban por separado resultaban todo un fracaso. Su éxito radicaba en trabajar en equipo.

En una ocasión, habiendo bebido en exceso en la mesa de un cierto venerable «farmacéutico», Pronin —generalmente pacífico— tuvo un altercado con el abogado G. No recuerdo porqué se armó el lío. Seguro fue por alguna

.....
1 Personaje abúlico y perezoso de la novela homónima de Iván Goncharov.

tontería. G. estaba también un poco embriagado. Subió el tono y todo terminó en que G. retó a duelo al director del *Perro*. A la mañana siguiente, al despertar muy tarde, Pronin y Tsibulski deliberaron sobre el asunto. ¿Negarse al duelo? Imposible, sería una deshonra. Decidieron batiarse a pistola. El apaciguado Pronin se quedó en casa a esperar su suerte y Tsibulski, afeitado y solemne, se dirigió como padrino del duelo al apartamento de G. Pasó media hora, una hora. Pronin estaba alterado. De pronto, recibió una llamada telefónica de Tsibulski, quien le dijo: «Boris, te hablo desde donde G.. Vente ahora mismo para acá, ¡te esperamos! G. es un tipo maravilloso y en su casa tiene un coñac estupendo».

En otra ocasión, Pronin y Tsibulski se paseaban del lado izquierdo del Neva, en una hora concurrida, invitando a todos los más o menos conocidos que se encontraban, a una comida en la taberna italiana de Franchesco Tanni, en el canal de Ekaterina, para celebrar el cumpleaños o el santo de alguno de ellos. A la comida llegaron cincuenta personas. Pronin bromeaba, ordenaba, encargaba el menú y el vino, al final fue mucho lo consumido y mucho más lo bebido. El dueño pasó a Pronin la cuenta, quien la tomó con clara perplejidad: «¿Qué es esto?, una cuentaza». Pronin leyó en voz alta la considerable suma de tres cifras, echó una mirada salvaje a los que lo rodeaban y, de pronto, exclamó: «¡Descarados! ¿Y ahora quién va a pagar?».

En el *Perro Vagabundo* había solo tres estancias. Una servía de bar, otra era grande y la tercera realmente diminuta. Las paredes estaban cubiertas con pinturas abigarradas de Sudeikin, Belkin y Kulbin. En la sala principal, junto a la lucerna, había un aro teñido de oropel. Una gran chimenea de ladrillo ardía. En una de las paredes colgaba un gran espejo ovalado y bajo él un largo sillón; era el

lugar de honor de las visitas especiales. Las mesas eran bajitas, los taburetes de paja. Mucho después, cuando el *Perro* dejó de existir, todo esto fue recordado con jocosa ternura por Anna Ajmátova:

Sí, yo amé esos agolpamientos nocturnos,
Los vasos helados, las pequeñas mesitas,
El café negro de vapor azuloso
El pesado bochorno de la chimenea invernal
La bromas literarias de corrosiva alegría...

Hay un cuarteto de Kuzmín que, me parece, no ha sido publicado en ninguna parte:

Aquí muchas cadenas se rompieron
Este antro subterráneo todo lo ha conservado.
Aquellas palabras dichas en la noche,
Que ya nadie en la mañana podría repetir.

Realmente, los cuartos abovedados del *Perro*, cubiertos de humo de cigarro, se volvían casi mágicos hacia el amanecer, como en un «cuento de Hoffmann». En el tablado alguien leía versos, el piano y la música lo interrumpían. Alguien reñía, alguien declaraba su amor. Pronin, en chaleco (por lo regular se quitaba el saco hacia las cuatro de la madrugada), miraba tristemente a su querida Mushka, una perrita peluda y brava: «Ay, Mushka, Mushka, ¿por qué te comiste a tus crías?». Un festivo Mayakovski le ganaba a alguien un volado. O. A. Sudeikina, parecida a una muñeca, con gracia seductora bailaba una polca, su número preferido. El propio «maestro Sudeikin», cruzando los brazos a la manera de Napoleón, se paraba sombrío en un rincón con una pipa entre los labios. Su rostro de

lechuza era impenetrable e impenetrable. Podría estar totalmente sobrio, o quizás borracho, sería difícil saberlo. El príncipe S. M. Volkonski, sin importar tiempo y lugar, exponía con fervor sus principios a Zhar Dalkroz. El barón N. N. Vrangél, ya fuera fijando el ojo o dejando caer su monóculo con extraordinaria liviandad, no parecía escuchar la palabrería volátil de su acompañante, la famosa Pallada Bogdanova—Belska, envuelta en unas fantásticas sedas y plumas. En alguna mesa «poética» se ejercitaban en la escritura de bromas en verso. Todos se devanaban los sesos para lograr inventar algo al respecto. Finalmente se proponía algo realmente sin novedad: cada quien debía componer un poema, en donde en cada línea debería haber la combinación de la sílaba «ton». Los lápices rechinaban, las frentes se fruncían. El tiempo se agotaba y todos, a su debido turno, leían su obra maestra:

Un ladrón glotón robó una sandía
Del baúl de un pelotón.
Glotón, —gritaba el caporal—,
Ya verás, las represalias vendrán sin ton ni son.

Los aplausos se reservaban para el autor, cuyo «ton» fuera reconocido el mejor para ser escrito en el «libro del *Perro*», un libro en folio que medía un *arshín*² por cada lado, forrado en piel de distintos colores. Ahí había de todo: versos, dibujos, quejas, declaraciones de amor, incluso recetas para embriagarse, especialmente para el conde O'Kontrer. Piotr Potemkin, Jovanskaya, Boris Romanov y algunos más, expulsando del estrado al poeta Mandelstam, quien intentaba cantar «Las crisantemas» (¡por Dios, con una

.....
2 Antigua medida rusa que equivale a 71.1 cm.

horrible voz!), comenzaban a actuar como si estuvieran dentro de una película muda. Tsibulski los acompañaba desgarradamente. Haciendo el papel de los textos en el telón, Tairov anunciaba: «Primera parte. Encuentro de los enamorados en el jardín ante la estatua de Cupido» (a Cupido lo representaba Potemkin, largo y flaco, como una vara). «Segunda parte. Vikont sospecha...Tercera parte...».

Poco a poco el *Perro* iba quedando vacío. Los poetas, por supuesto, se iban después de los demás. Gumiliov y Ajmátova, que vivían en Tsarskoe Selo se esperaban hasta el tren de la mañana, en compañía de otras personas. Luego se iban a la estación por «el camino» de las islas y atravesaban la ciudad. En la estación, en espera del tren, bebían café negro. La conversación se tornaba ya un tanto incoherente, debido a los bostezos. Una vez, por estar tomando café, se les fue el tren. Gumiliov, muy enojado, llamó al gendarme: —Oiga, el tren ya salió? —Así es. —Esto es un desastre, ¡denme el libro de quejas!

Le alcanzaron el libro y Gumiliov llenó en él media página. Después todos firmaron solemnemente. Quién sabe, a lo mejor algún día alguien encontrará estos divertidos autógrafos... Los encontronazos con las autoridades sucedían muchas veces al salir del *Perro*. Una vez, alguien, parece que era Sergéi Klishkov, se jactó de que se iba a trepar en el caballo de hierro fundido de uno de los puentes de la ciudad. Y se trepó. Por supuesto, apareció un alguacil. Tsibulski acudió en ayuda de Klishkov. En tono amenazante, comenzó de pronto a atacar al alguacil y a gritar en toda la Avenida Nievski: «Si supieras con quién te estás metiendo, si lo entendieras... Cómo te atreves a decir impertinencias al oficial». El guardián de la ley se acobardó y terminó retirándose del supuesto «oficial».

Las calles estaban vacías y oscuras. Se acercaba el

amanecer. Los barrenderos quitaban la nieve que había caído en la noche. Pasaban los primeros tranvías. Uno de los juguistas, mirando hacia la avenida Nievski y asomando la nariz sobre el cuello levantado de la pelliza, contemplaba el cuadrante que sobresalía en la torre de la Duma. Eran las siete menos cuarto. ¡Ah! Y a las once había que estar en la universidad.

ANNA AJMÁTOVA Y EL PERRO VAGABUNDO

Georgi Adamóvich

No puedo recordar, con exactitud, cuándo fue que vi a Anna Ajmátova por primera vez. Probablemente, fue dos años antes de la Primera Guerra Mundial, en un seminario romano—germánico, en la Universidad de San Petersburgo.

En una ocasión K.V. Mochulski, mi futuro amigo íntimo de París, con toda su impetuosidad y su carácter un tanto vacilante y de una sensibilidad enfermiza, que lo incapacitaba para ser un verdadero formalista, me dijo: «Venga hoy con toda seguridad... ¡estará Ajmátova! ¿Usted no ha leído a Ajmátova?».

¡Que si había leído yo a Ajmátova! Desde las primeras líneas tuyas que cayeron ante mis ojos y su invocación al viento:

Yo era libre, como tú,
Pero quería vivir demasiado.
Mira, viento, mi cuerpo está frío
Y no hay a quien estrechar la mano...

Quedé encantado con esta intermitencia rítmica «Y no hay a quien estrechar la mano», y, como entonces se acostumbraba a decir, quedé «atravesado» por sus versos, casi como me sucedió unos cuantos años antes, cuando estaba todavía en el Gimnasio, con las primeras líneas de Blok que cayeron ante mí, de su poema «La tierra en la nieve»:

Ah, primavera sin frontera y sin final,
Sin frontera y sin final, como los sueños...

Ajmátova ya era reconocida, al menos en el mismo sentido en que Mallarmé, conversando con sus amigos, utilizó esta palabra con relación a Ville de Lisle-Adan: «Ustedes lo conocen, yo lo conozco... ¿se necesita más?». En el estrecho círculo de los adictos de la nueva poesía se hablaba de ella con admiración. Gumiliov¹ al principio tenía una opinión muy negativa de los versos de Anna Andréyevna, y parece que incluso le «rogó» no escribir más, y es muy posible que en su apreciación se mezclaran inconscientemente razones y motivos personales, cotidianos. No eran celos literarios, no, era una animadversión indefinida y escéptica, que suscitaba la sensación de una profunda y radical diferencia que seguramente existía entre el carácter poético de Ajmátova y el suyo propio. Gumiliov reconoció a Ajmátova como poeta, de manera total, sin reservas, solo después de varios años de matrimonio. Y «la llevó a la gente», si es que esta expresión de Kuzmín tiene cabida en este caso, quien sin duda captó la originalidad y encanto de los versos tempranos de Ajmátova, como los captó Georgi Chúlkov, el «anarquista místico», amigo y segunda voz de Viacheslav Ivánov, que alguna vez hizo reír a media Rusia con una frase inicial en un artículo largo y programático: «El verdadero poeta no puede no ser anarquista, porque, ¿cómo podría ser de otra manera?».

Anna Andréyevna me sorprendía con su apariencia. Ahora, en lo que se escribe sobre ella, a veces la llaman una belleza; no, no era una belleza. Era algo más que una

.....
¹ Nikolái Gumiliov (1884-1921), poeta fundador del acmeísmo, traductor, viajero y polígrafo, esposo de Anna Ajmátova, fusilado en 1921, acusado de incitar a la contrarrevolución.

belleza, mejor que una belleza. Nunca me correspondió ver a una mujer que, por cuyo rostro y aspecto entre todas las mujeres, se distinguiera por su fuerza expresiva, por su genuina inspiración, que de inmediato llamaba la atención. Después, en su apariencia se manifestó claramente un matiz trágico: Raquel en «Fedra», como lo dijo Osip Mandelstam en una conocida octavilla después de una lectura en el *Perro Vagabundo*, cuando Ajmátova parada en el estrado, con su pseudoclásico chal que le caía de los hombros, parecía que ennoblecía y elevaba todo lo que estuviera a su alrededor.

Después empecé a encontrarme con ella con mucha frecuencia, precisamente en el *Perro Vagabundo*, que ella frecuentaba permanentemente. Este sotanito en la plaza de Mijailovski, con pinturas de Sudeikin en las paredes, se volvió legendario gracias a numerosas anécdotas y recuerdos. Ajmátova le dedicó a ese lugar dos poemas: «Todos aquí estamos ebrios, perdidos» y «Sí, yo amaba aquellos encuentros nocturnos». Los encuentros eran realmente nocturnos: llegábamos al *Perro Vagabundo* después del teatro, después de alguna velada o disputa, y nos marchábamos casi al amanecer. El dueño, Boris Pronin, echaba despiadadamente a quien su agudo olfato delatara como «farmaceuta», es decir, gente que no tenía relación con la literatura y el arte. Por lo demás, todo dependía de su estado de ánimo: había casos en que un indudable «farmaceuta» recibía una alegre acogida, no se podía prever nada. El *Perro Vagabundo* era un lugar estrecho, sofocante, muy ruidoso, aunque no muy alegre: no, me sería muy difícil encontrar la palabra exacta para definir la atmósfera que reinaba en el lugar. Pero no es casual, sin embargo, que nadie de los que lo frecuentaban haya podido olvidar hasta la fecha ese sotanito.